

Domingo XXII del Tiempo Ordinario/B

(1 Re 17, 10-16; Heb 9, 24-28; Mc 12, 38-44)

Dio todo lo que tenía

El texto de este domingo nos trae la deliciosa escena de un Jesús que observa lo que está ocurriendo en el interior del Templo de Jerusalén, y hace de su observación una hermosa enseñanza. Ante sus ojos aparecen los letrados y fariseos, esa gente importante, reconocida y mandamás, autorizadísimos por sus propias leyes, que iban y venían al Templo dándose una importancia arrogante. Jesús señala no sólo el uso pertinaz que estos personajes tenían, sino también el abuso injusto que ellos practicaban aprovechándose de las capas más bajas de aquella sociedad, como eran las viudas.

Y junto a este grupo que así usa y así abusa, el Señor observa precisamente a una viuda que llega al Templo sin alarde ni presunción, y allí frente al cepillo ella contrastaba con otra gente rica y principal que echaba en abundancia. Aquella pobre mujer no: tan sólo echó dos reales.

A diferencia de la viuda de Sarepta -de ella nos habla la 1ª lectura (1 Reyes 17,10-16)- que su pobre donación fue bendecida por Dios obrando un milagro de abundancia en donde sólo había escasez, la viuda del Evangelio no será chistada por Jesús para premiarla de alguna manera evidenciando ante los demás su gesto generoso. No nos cabe duda que esta buena mujer habrá recibido el céntuplo en su encuentro con Dios, pero por el momento ni siquiera de ese reconocimiento gozó nuestra protagonista. Y sin embargo, Jesús la vio, y la ensalzó hasta el punto de colocarla como ejemplo. Exactamente igual que vio a los letrados y los puso de contraejemplo. Nada escapa a la mirada de Dios.

¿Qué es lo que Jesús vio en esta viuda? Que lo había dado todo. Por poco que fuera, éso era cuanto tenía. El premio de esta mujer estaba en la paz y en la falta total de agobio asfixiante, de zozobra angustiosa, porque vivía en la libertad de quien nada tiene que defender porque todo lo ha entregado ya. Curiosamente, los que viven así tienen esa felicidad que imposiblemente pretenden alcanzar aquellos que se resisten a darlo todo. Y aquí resalta la paradoja evangélica: quien entrega, tiene, quien retiene se quedará sin nada. Lo habremos experimentado tantas veces a propósito del perdón: quien se resiste a perdonar, quien quiere seguir siendo rico de sus razones, acaba frecuentemente en la soledad, en el resentimiento y en la

amargura, mientras que quien aun teniendo razones las sabe "perder", resulta que encuentra una alegría inusitada, una paz inesperada. Darlo todo, gratuitamente, como gratis lo hemos recibido, y también nosotros experimentaremos que las promesas de Jesús no son vacías. Somos lo que somos ante Dios y nada más. A todos nos gustan los primeros lugares, que nos alaben y que nos tengan por importantes y santos. A todos nos atrae el dinero. Nos gusta llamar la atención. Nos dejamos engañar por las apariencias. Valoramos a los demás por lo que tienen, no por lo que son. De ordinario tendemos a dar de lo que nos sobra, pues no queremos correr el riesgo de un futuro desconocido, sin ninguna seguridad. Damos rápido, tal vez, una pequeña limosna, para salir al paso...pero entregarnos a nosotros mismos, nuestro tiempo, nuestro trabajo, nuestro amor, dar de lo que necesitamos... ¡ya es otra cosa! Curiosamente después de llevar al altar en la santa misa el pan y el vino para la Eucaristía, lo único que la introducción al misal permite llevar, no son ofrendas pintorescas, más o menos simbólicas, sino "dinero u otras donaciones para los pobres o para la iglesia" (Instrucción General Misal Romano 73). También dice lo siguiente: en la Eucaristía no sólo "ofrecen la víctima inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismo" (Instrucción General Misal Romano 79). Dios no se dejará ganar en generosidad, si somos como esas buenas mujeres viudas que, desde su pobreza, y fiándose de Él, lo dan todo; si somos capaces de correr la aventura de dar lo último que poseemos, Dios nos alabará. Podemos, finalmente, hacer este planteamiento: ¿A quién me parezco: a esos vanidosos y avaros maestros de la ley, o a esa viuda generosa y humilde? ¿Me avergüenza ver que Jesús está cerca de los pobres? Hoy, ¿a quiénes se suelen dar los créditos: a los que tienen o a los que necesitan?

Señor Jesús, que conoces todos nuestros gestos y nuestras intenciones más ocultas, renuévanos por dentro, para que seamos agradables a tus ojos. Amén.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)